

tamoanchan



Lunes 14 de mayo del 2001

UNA CRÓNICA DE HISTORIA REGIONAL, CENTRO INAH MORELOS

Iztaccíhuatl, La Diosa Blanca

• A.F. Isabel Garza Gómez

A diferencia del Popocatepetl, poco se dice o se escribe del Iztaccíhuatl. Tal vez esto se debe a que mientras «ella» permanece en tranquila calma y absoluto reposo, el «Popo» representa un peligro para las poblaciones aledañas a través de sus constantes y cíclicas erupciones de humo, cenizas y fuego.

Sin embargo, al igual que el Popocatepetl, en el Altiplano Central, Iztaccíhuatl fue deificada y reverenciada antes de la llegada de los españoles. Su nombre, sinónimo de mujer blanca, era también la Sierra Nevada. Se le representaba como una diosa vestida con hermosas mantas de color azul y una tiara de papel blanco con círculos negros sobre la cabeza. De su espalda colgaba un pectoral cuya función era sostener plumas blancas y negras, así como una serie de tiras de papel pintadas de color negro. Su rostro era de doncella, pero su cabello cortado a la altura de los hombros y con flequillo sobre la frente se asemejaba al estilo utilizado por los varones de aquella época.

En los templos, la imagen de Iztaccíhuatl se colocaba junto a las de otros ídolos, sobre los altares erigidos en cuartos pequeños decorados con hermosos adornos y mantas suntuosas. Las dignidades del templo eran las encargadas de realizar las oraciones y ceremonias diurnas y nocturnas para congraciarse con los dioses. Eran además las responsables de hacer cumplir los preceptos religiosos y organizar los preparativos para las festividades y ritos religiosos.

Durante la festividad dedicada al Iztaccíhuatl, se elegía, entre las esclavas, a la representante de la diosa. Se le vestía con atuendos de color verde y sobre la cabeza se le colocaba una tiara blanca con lunares negros para indicar que la sierra se encontraba arbolada y con nieve en la cumbre. Así, a imagen y semejanza, ataviada con los atributos de la diosa, la esclava moría sacrificada en la parte superior del templo.

Consumado el sacrificio de la doncella, reyes, señores y población en general, se dirigían a la Sierra Nevada con coronas de plumas, huipiles, enaguas y joyas para depositarlas como ofrenda. A este sitio eran también conducidos dos niños y dos niñas elegantemente ataviados, que al igual que la doncella morían sacrificados para honrar a dicha deidad.

Durante dos días la población permanecía en la sierra, tiempo en que se oraba y se practicaba un ayuno riguroso, sin importar edad, sexo, condición social, ni estado de salud.

De acuerdo al relato que de esta festividad hace Fray Diego Durán en su Historia de las Indias de la Nueva España e Islas de Tierra Firme, se acostumbraba también depositar en las faldas del Iztaccíhuatl ricos y variados alimentos, pero a diferencia de los que se les ofrecían a otros dioses, en este caso se obsequiaban sin cocinar. Para evitar que la ofrenda fuera robada o comida durante la festividad, era vigilada hasta que ésta se podría.

En las cuevas situadas en el interior del Iztaccíhuatl se colocaban también imágenes de la diosa y se realizaban ritos religiosos y se colocaban

ricas ofrendas.

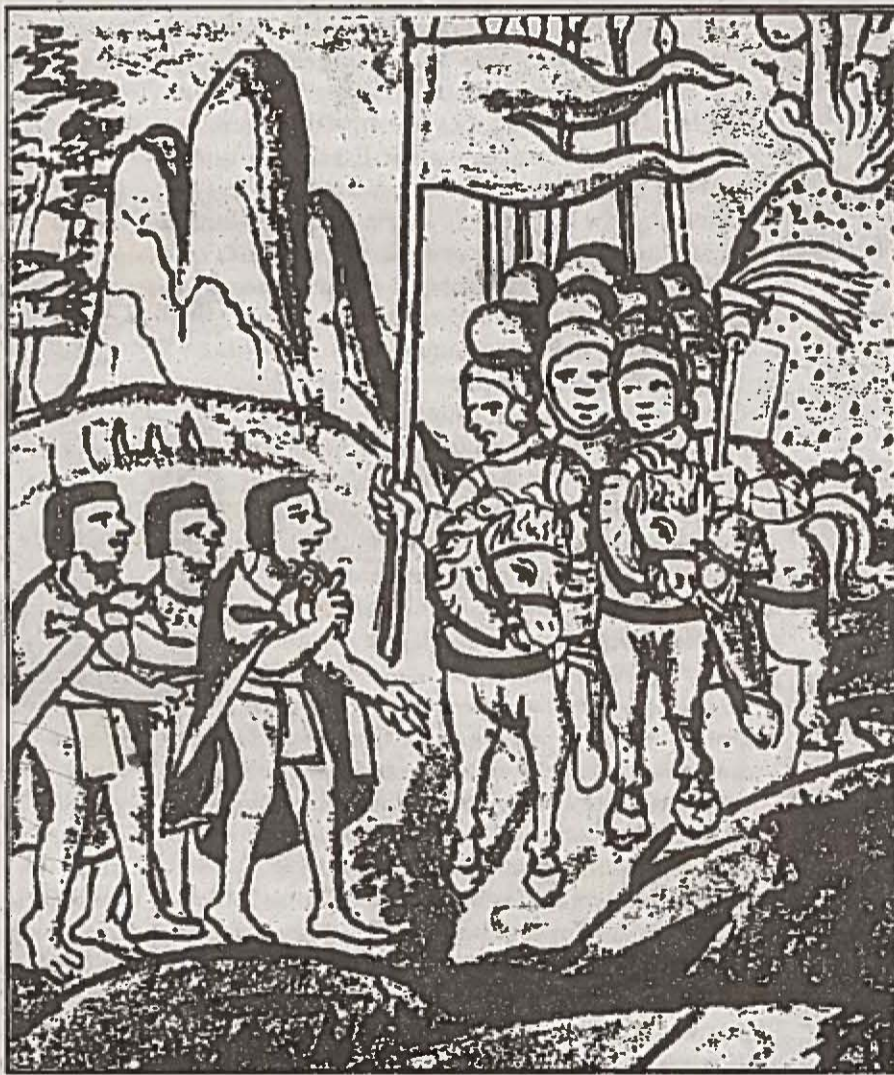
En esta festividad, conocida con el nombre de Coayhuatl, término que significa «la fiesta de toda la tierra», se veneraba al Iztaccíhuatl y al Popocatepetl de manera relevante y, en forma general, a todos los cerros.

Con masa de bledos se elaboraban las imágenes de los cerros, y un poco antes de concluir la ceremonia, éstas eran sacrificadas y cortadas ritualmente en pedazos con un cuchillo de pedernal como preludeo a su ingestión, ya que consideraban que la masa así deificada adquiría propiedades curativas que sanaban a tullidos, cojos y los procesos infecciosos de la piel.

En esta festividad se preparaba la tierra para la siembra, por ello se tiraba maíz negro, blanco, amarillo y entreverado hacia los cuatro puntos cardinales. A través de la danza pedían la fertilidad de la tierra con pies, corazones y palmas de las manos abiertas pintadas sobre las mantas que utilizaban como disfraces. Participaba además un grupo de mujeres en cuyas faldas tenían pintados intestinos retorcidos, los cuales simbolizaban la hambruna que padecerían en caso de que los dioses no escucharan sus peticiones.

En la fiesta de la tierra, se veneraba de manera especial al Popocatepetl y al Iztaccíhuatl, tal

vez por su cercanía, ya que la Naturaleza los situó geográficamente uno junto al otro y el hombre mistificó esta unión, en la que el primero ha



Códice Florentino.- Entre el Iztaccíhuatl y el Popocatepetl, los mexicas entregan obsequios a Cortés y sus soldados

Por favor pase a la siguiente página

Iztaccíhuatl, La Diosa Blanca

desempeñado el papel de varón fuerte y temible, mientras que la diosa blanca ha sido asociada al sexo femenino, serena y fértil.

Además de las creencias mítico-religiosas prehispánicas, existen otros relatos que refieren



Iztaccíhuatl: La Diosa Blanca.
Durán, Historia de las Indias de la Nueva España

la estrecha relación entre el Popo y el Izta. Uno de ellos menciona que antes de que fueran volcanes, él era un bravo guerrero y ella hermosa princesa, que habiéndose prometido amor eterno no podían contraer nupcias hasta que el Popo combatiera y venciera a los enemigos del reino.

Popocatepetl se fue a cumplir con su misión, pero durante largo tiempo Iztaccíhuatl no tuvo noticias de él. Fue tan grande su tristeza que murió de amor. Al día siguiente del deceso el bravo guerrero regresó, pero no marchó junto a su ejército triunfante por la ciudad ya que al enterarse de la triste noticia acudió al panteón y frente al cadáver de su amada, se postró. Cuenta la leyenda que tan intenso dolor a los dioses conmovió, por lo que decidieron transformar a los amantes en volcanes, en esa posición, él arrodillado y ella dormida, uno junto al otro, para que así, unidos, permanecieran hasta la eternidad.

Ofrendas, sacrificios, leyendas, mitos, dioses o no, es difícil pensar en el Iztaccíhuatl sin hacerlo en el Popocatepetl o viceversa. Ambos forman parte importante del paisaje del Altiplano central. Son dos, son contrarios, uno femenino, otro masculino, uno representa la seguridad, el otro es el peligro. Son elementos opuestos pero complementarios y simbolizan el pensamiento dual, concepto básico del pensamiento prehispánico.

El Ingenio de

(Narración del profesor Miguel Salinas "Para el Herald del Sur", primero de junio de 1936)

• Q.I. Alma G. De la Cruz Sánchez.

Cuando en 1987 visité por primera vez el pueblo de Tlaltenango, situado al norte de Cuernavaca, a cuatro kilómetros de distancia, me mostraron el santuario que allí existe y donde se venera una imagen de la Virgen, famosa en aquella comarca. El santuario se levanta en la plaza del pueblo del lado oriental, tiene al frente un atrio que antaño sirvió de cementerio: todavía existen algunos monumentos sepulcrales que guardaron los despojos de prominentes vecinos de la vieja Cuauhnáhuac.

Frente a la iglesia, en el lado occidental de la plaza, se veían unos muros derruidos que ocupaban hacia atrás extensa superficie de terreno. Alguien me dijo que tales muros eran los restos de la primera finca azucarera que hubo en aquella tierra.

Pasó el tiempo, y uno de los gobernadores de Morelos, el general don Jesús H. Preciado, compró las expresadas ruinas y construyó allí una modesta habitación para vivir en ella durante los meses calurosos; muerto el Sr. Preciado, aquella morada pasó a manos de un embajador de los Estados Unidos en México. Durante la revolución zapatista la casa sufrió gran deterioro, hasta que al fin la compró el doctor don Enrique Osornio, la reedificó e hizo en ella cómoda y amplia habitación, que por su color rojo y por su buen aspecto atrae las miradas de los que por allí transitan.

Durante largos años busqué afanosamente algunos libros o papeles que me diesen luz sobre la fundación del ingenio que hubo en Tlaltenango; pero nada logré saber, hasta que teniendo que componer mi discurso de entrada en la Academia de la Historia, leí un documento que existe en nuestro Museo Nacional de Arqueología, el cual documento, que me fue mostrado por mi amigo y colega el Sr. Gómez de Orozco, no es sino el inventario formado con motivo del secuestro que se hizo de los bienes de Don Martín Cortés, procesado por conspirador.

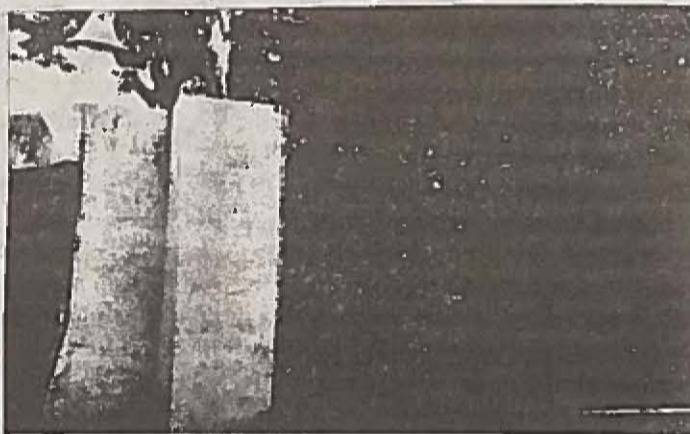
Tal inventario, que tiene fecha de 1567 y 1568, habla del ingenio y proporciona algunas noticias de esa finca. Por él sabemos que estaba arrendada a Miguel Rodríguez de Acevedo en nueve mil pesos anuales, y que, en los años mencionados, a causa de unas heladas, se perdieron los plantíos de caña, por lo que la Audiencia relevó al arrendatario del pago de la renta correspondiente. Algunas noticias más tuve de aquella fábrica; pero nada supe de la fecha de su fundación. Cuando estaba yo escribiendo el discurso citado, pasé por Tlaltenango, y al volver mis ojos al sitio del antiguo ingenio, vi que sobre los rojos tejados de la casa del doctor Osornio sobresalía un lienzo

del viejo muro, y que en lo más alto de él ostentábase un letrero que explicaba el origen de aquella ruina y señalaba el año de 1535 como el de la fundación de la finca.

Me apresuré a preguntar al propietario del inmueble en qué documento había hallado una fecha que yo busqué con tanto empeño. El Sr. Osornio me contestó que él no lo había hallado en ningún papel, sino que su albañil, al intentar la demolición de aquellas paredes fortísimas, había visto el año en el borde de una de ellas y lo había reproducido en el letrero.

Con tales noticias, fui reuniendo materiales para la historia del INGENIO DE TLALTENANGO. Últimamente, con la publicación del tomo XXVII de los documentos que va dando a luz el Archivo General de la Nación, tomo consagrado a negocios de Cortés, creo que será fácil trazar un relato histórico sobre el repetido ingenio. Todo lo relativo a éste se halla entre las páginas 250 y 275 del tomo que acabo de citar.

El 8 de diciembre de 1547 murió Hernán Cortés en Castilleja de la Cuesta, España, y algunos meses más tarde, sus herederos comenzaron a promover varias diligencias para asegurar los



bienes que les tocaban como herencia. La marquesa viuda doña Juana de Zúñiga, su hijo mayor don Martín Cortés, don Juan Altamirano y el conde de Aguilar, pidieron a Carlos V que mandase inventariar los bienes del difunto don Hernando. El rey accedió y dispuso que el escribano Francisco Díaz pasase a todos los lugares de la Nueva España en que hubiera propiedades del Conquistador e hiciese un inventario de ellas.

El día 10 de julio de 1548, el expresado escribano, acompañado de testigos, se presentó en Tlaltenango y llamó a Francisco Rangel y a Pedro Delgado, respectivamente mayordomo y maeso (maestro) de azúcar del Ingenio; les tomó el juramento legal y les mandó que fuesen presentando todo lo existente en aquel inmueble y que hubiera pertenecido al primer Marqués del

Por favor pase a la siguiente página

Tlaltenango

Valle.

Desde luego se asentó que el ingenio estaba instalado en un edificio de mampostería sólidamente construido, de dos pisos, alto y bajo; que había otro edificio llamado el purgar, que en torno de ambos se agrupaban casa de adobe y jacales que servían de habitación a los españoles y a los esclavos que laboraban en aquella fábrica.

Después de manifestar que ésta era moliente o corriente, se asentaron una a una en el inventario, en más de cien artículos, las máquinas con todos su aparejos, las piezas grandes y pequeñas, las variadas herramientas usadas en la fabricación de la azúcar y la multitud de enseres y utensilios que había en aquella casa.

Se habla de dos grandes prensas: eran seguramente para pensar la caña y sacarle el jugo dulce que hoy se llama guarapo, no se mienta la voz trapiche aplicada hoy a la máquina de prensar caña; se anotan siete grandes calderas donde se cocía la miel y siete vasijas llamadas tachas; se enumeran varios ejemplares de cubos, cazos, bombas, espumaderas, hurgones, palás, coladeras, candiles, pernos, chumaceras, almocafres y una multitud de accesorios de cobre y fierro. Los objetos inventariados ascienden a varios centenares.

En una de las piezas altas del edificio estaba guardado un cáliz con todos sus accesorios, misales, candeleros, campanilla, vestiduras sacerdotales, paramentos de altar y todo aquello que es indispensable para la celebración de la misa.

Había en el ingenio, debajo de una enramada, un batán o máquina para tejer telas de lana; un obrador con telares armados y desarmados; se enumeran cientos de arrobas de lana limpia y sucia, merina y corriente, tornos para hilar, ovillos, muchas mantas nuevas para los esclavos y algunas varas de telas de lana.

Al hacerse la visita al purgar, de los departamentos de fabricación y de las bodegas, el Escribano inventarió los siguientes productos:

6712 panes de azúcar blanca, fuera de los moldes u hormas.

2461 panes de la misma azúcar, en sus respectivas hormas.

4943 panes de panela, fuera del molde.

432 panes de la misma clase.

2700 panes de la misma clase, en mal estado.

1754 panes de panela en sus hormas.

2181 panes de espuma.

400 panes de la misma clase

Total 21583 panes.

100 arrobas de raspadura

27 arrobas de conserva de cidra, naranja y limón

40 arrobas de miel en un tanque.

Puede asegurarse que la fábrica de Cortés era de importancia; producía por millares los panes de azúcar y los siguió produciendo durante cuatro siglos.

Se hizo también el inventario de los talleres de

herrería y carpintería con todos los instrumentos correspondientes a dichos oficios. Son también numerosos los aperos destinados a la labranza de las tierras de sembradura; arados, rejas, azadones, carretas y utensilios para las yuntas.

El 17 de julio de 1549, se presentó en Tlaltenango el Escribano hacedor de los inventarios, llamó a Lorenzo Yáñez, cañaverero de la hacienda, es decir, el cultivador de la caña y le ordenó que fuese mostrando cada una de las sementeras de la finca. El mandato fue acompañado del juramento y demás formas legales usadas en tales casos. Yáñez fue mostrando sucesivamente las cuarenta y una sementeras que tenía entonces en cultivo el Ingenio, de cada una se anotó la ubicación, el largo y el ancho y el estado y calidad de la plata. Fueron medidas las suertes por brazas de diez palmos cada una. La superficie total de los sembrados eran de setenta mil brazas cuadradas equivalentes a trescientas treinta y ocho hectáreas.

Las suertes de caña formaban cuatro grupos: uno al norte del Ingenio; el segundo, al medio día de éste; otro al sur de Cuernavaca; el cuarto al sureste de esta ciudad, rumbo a Jiutepec.

Entre las sementeras de caña ubicadas al sur de este pueblo, la última, según reza el inventario, quedaba en el lado oriente del camino y terminada frente al Humilladero. Daban este nombre a la ermita que se yergue en un punto de la Avenida Morelos de Cuernavaca, lugar donde concurren cinco vías públicas. Últimamente se le ha llamado la Ermita del Calvario. Antes, en el interior de la ermita se alzaba una cruz, ésta fue cambiada por una imagen de la Guadalupeana.

Los cuauhnahuacenses, en su gran mayoría, por cariñosa tradición aman su viejo monumento; como personas cultas, lo cuidan con esmero; además, saben que este cuidado es un mandato legal. No debemos, pues maravillarnos de la gran indignación y del hondo pesar que causó el hecho vandálico ejecutado por un grupo de insensatos que en enero de 1935 vinieron traidoramente a Cuernavaca y ayudados por las sombras de la noche, derribaron la estatua de la virgen mexicana.

Así es que la actual esquina del Calvario, donde hoy está la humilde capillita de San José, una iglesia a medio construir y las casa de varios vecinos, entre ellas la de don Ricardo Linares, Secretario del Registro Civil, fueron antaño una sementera de los cañaverales sembrados por el Conquistador.

Cualquiera que sea la importancia que se

conceda a la primitiva fábrica de azúcar que Cortés estableció en Tlaltenango, nadie negará que el célebre capitán dotó a su nueva patria de una fuente ubérrima de riqueza y de un producto benéfico para todos los mexicanos. El ingenio cercano a Cuernavaca fue el modelo para todos los que se fundaron en aquella región y en comarcas

más o menos lejanas; todas esas fábricas dieron trabajo y bienestar a millares y millares de hombres, satisficieron necesidades legítimas de las muchedumbres, y constituyeron en diversos lugares de nuestro extenso territorio verdaderos impe-

rios de la industria azucarera.

Miguel Salinas.

Todavía se puede ver en la parte superior de los muros, que se conservan dentro del patio de la Escuela 18 de marzo, parte de la leyenda que el doctor y general Enrique Osornio, propietario de las ruinas, en el año de 1928 mandó poner y que anteriormente, completa decía: «Esta construcción se hizo en el año de 1535, por orden del Marqués del Valle de Oaxaca» y en un muro adyacente «Hernán Cortés, Conquistador de la Gran Tenochtitlan».

Los antiguos títulos del pueblo de Zacango-Tlaltenango, aún en poder de los principales del pueblo, nos fijan aunque confusamente, una fecha de fundación para el Ingenio y la capilla, entre los años de 1521 y 1523, lo que de poderse probar, colocaría a la capilla de San José como la primera que se erigió en el Continente Americano.

Cuernavaca, Morelos, 23 de Abril del 2001.

BIBLIOGRAFÍA

EL INGENIO DE TLALTENANGO

MIGUEL SALINAS

(C. de la Academia Española de la Historia)

Cuernavaca, Junio de 1936

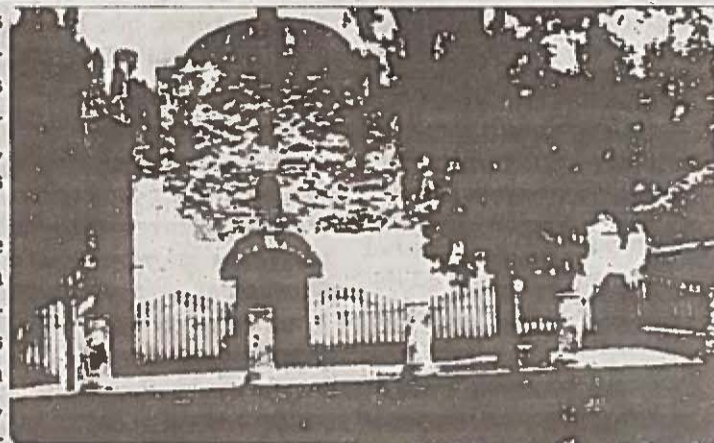
Biblioteca particular del Arq. Miguel Salinas L.

SANTA ANA AMANALCO

(Cuernavaca, Morelos)

Juan Dubernard

Cuernavaca, 1975



A doce años de distancia

• César E. Ortiz Triana

Tesorero de la Sociedad Cultural Yautepec, A. C.

El lunes 8 de mayo de 1989, al filo de las 8:00 horas, con una sencilla ceremonia que incluyó Honores a la Bandera, entonación del Himno Nacional y la simbólica primer palada por el Presidente Municipal de aquel entonces en Yautepec, Isidro Leonel Coronel, dieron principio los trabajos en campo del Proyecto de Rescate de la Zona Arqueológica de esa ciudad, bajo la coordinación del Centro Regional del Instituto Nacional de Antropología e Historia en Morelos y con el respaldo de la Sociedad Cultural Yautepec, A. C.

La directora del Proyecto de Rescate de la Zona Arqueológica de Yautepec, desde entonces fue la Arqueóloga Hortensia de Vega Nova, quien ha sorteado infinidad de obstáculos para continuar trabajando en él, llegando a convertirse en la principal defensora del patrimonio histórico de este lugar.

A doce años de distancia de ese momento histórico para la arqueología mexicana, en el primer caso en el que la misma comunidad promueve, participa y financia el proyecto, vale la pena hacer un recuento rápido de los logros obtenidos y de los saldos negativos del proyecto.

Con este proyecto de rescate arqueológico, Yautepec experimentó un avance importante en la conciencia social respecto a sus valores de identidad local, que indudablemente han impactado al proceso de resurgimiento cultural que hoy se percibe en ese municipio.

Asimismo, el proyecto demostró la viabilidad de la alternativa de incorporar a la comunidad a acciones de este tipo, a efecto de aprovechar el impulso popular para las actividades inherentes al rescate en cuestión, con la economía de recursos financieros tan escasos para estos proyectos.

Igualmente, se evidenció que el sitio fue desde el pasado un asentamiento humano muy importante y trascendente para la historia regional, con un pueblo culto y laborioso que contribuyó significativamente al esplendor de las culturas prehispánicas.

Los resultados obtenidos por los investigadores, revelan la magnificencia de una amplia

zona arqueológica que ocupó el Yautepec prehispánico, que denota una pujante población dedicada a la agricultura y al trabajo fecundo.

Sin embargo, a doce años de esfuerzo tesoro y limitaciones presupuestarias, la Zona Arqueológica de Yautepec aún espera la Declaratoria correspondiente del Gobierno Federal, y en trámite está la del Ayuntamiento Municipal, que en periodos anteriores no hizo prácticamente nada para su efectiva protección y promoción.

La reserva territorial de investigación arqueológica de poco más de cuarenta mil metros delimitada por el INAH, después de una escandalosa invasión perpetrada en 1992 y con la escrituración de estos terrenos a favor de los invasores por el Gobierno del Estado, se

ha perdido para siempre, con un vasto inventario de plataformas y construcciones tlahuicas, además de testimonios materiales de la vida del Yautepec antiguo, en un vergonzante caso de impunidad y complicidad que nos condena a no saber nunca más, parte de la historia pasada de esta comunidad.

La comunidad de Yautepec demanda del Gobierno Federal, Estatal y Municipal, mayor apoyo para el rescate completo de su Zona Arqueológica, así como para contar con un museo de sitio que permita mostrar la gran riqueza cultural de nuestro pasado, para orgullo de los yautepequenses y deleite de los visitantes.

Esta sería una forma concreta y efectiva de expresar el cambio democrático del país.

Desde un rincón del jardín

Estafiate

En el Jardín Etnobotánico del Instituto Nacional de Antropología e Historia, puedes conocer una planta utilizada para curar el «la muina»:

El Estafiate.

Esta hierba, puede llegar a crecer hasta un metro de altura. Es originaria de América boreal y crece abundantemente como maleza común en climas cálidos, semicálidos y templados en muchos estados del país.

Esta olorosa planta es conocida también como ajeno, artemisia, cola de zorrillo, hierba maestra o istafiate entre otros muchos nombres, fue llamada por los antiguos mexicanos como iztauhyatl y le confirieron un carácter divino asociándola con las fiestas religiosas realizadas en honor a los dioses del agua, y en honor a la diosa de la sal.

Actualmente está asociada con el rayo y continúa preservando sus propiedades curativas contra enfermedades culturales como el «mal de ojo», «caída de mollera» o «malos aires».

El principal uso medicinal actual de esta planta, se encuentra muy generalizado en todo el país, y lo refiere a la atención de padecimientos gastrointestinales, afecciones del hígado así como para el coraje o «muina», el cual se reporta popularmente, como un coraje fuerte «no desquitado», y que se manifiesta por un dolor generalizado en todo el cuerpo, principalmente en la boca del estómago, frío intenso, ojos amarillos, y sabor amargo en la boca.

ESTE TAMBIEN ES NUESTRO PATRIMONIO CULTURAL, VEN Y CONOCE ESTA Y MUCHAS OTRAS PLANTAS MAS EN EL JARDIN ETNOBOTANICO DEL INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA EN CUERNAVACA, MORELOS

Matamoros 14, en Acapantzingo. Cuernavaca, Morelos.

tamoanchán

UNA CRONICA DE HISTORIA REGIONAL

Información, sugerencias o publicidad: Avenida Lázaro Cárdenas #494, Col. Jiquilpan, 62170, en Cuernavaca. Tel. (7) 313-28-93

E mail: ersmor@prodigy.com

CENTRO INAH MORELOS

Matamoros No. 14, Col. Acapantzingo. Cuernavaca, Morelos.

Tels. (7) 312-59-55 / 312-31-08

E mail: clmor@mor1.telmex.net.mx

ElRegional

Es un suplemento semanal editado por

Eolo Ernesto Pacheco Rodríguez

Director General

Heladio Rafael Gutiérrez

Coordinación del suplemento

Tamoanchan (INAH)

INAH

MORELOS

Teresita Loera Cabeza de Vaca

Encargada de Despacho

Centro I.N.A.H. Morelos

Patricia Suárez Ortega

Responsable de Difusión

(I.N.A.H.)